

LA TERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

LA MUJER.

En el artículo anterior, que llevaba igual título que el presente, analicé, aunque con ligereza, el sentimiento del amor en la mujer, tal como yo la comprendía, y siendo mi intento explicar cada uno de los muchos que agitan el ánimo, hablaré del cariño maternal, como el mas interesante y respetable de cuantos abriga el corazón de la mujer.

No es el frenesí el carácter de este afecto, como lo es el del amor. El cariño maternal carece de esa gran agitación, de ese delirio, que acompañan constantemente á la pasión: no ciega, ni estravía tan fácilmente á la mujer; puesto que permite obrar á su razón, aun cuando siempre algo subordinada á su corazón. Es á no dudarlo un sentimiento mas sosegado y tranquilo; pero no por eso menos tierno é intenso. No causa la embriaguez del amor, pero en cambio tiene mas profundas raíces, porque nace en las entrañas mismas de la mujer. Compárese una tierna amante con una madre cariñosa: la primera se entrega, se somete sin reflexion á la voluntad y aun el capricho del hombre que es objeto de su amor, y conviértese en una víctima, dejando á aquel el oficio de sacrificador. No así la segunda: rara vez se deja sojuzgar por su hijo; y si llega á hacerlo, es efecto mas bien que del sentimiento maternal, de la suma debilidad de su carácter. El deseo de agradar y ver satisfecho su amor, es quizá el mas fuerte en la mujer apasionada; al paso que el placer de una madre cifrase solo en labrar la felicidad de su hijo, aun á costa de los ma-

yores y mas penosos sacrificios.

Causa admiracion y asombro ver en algunas mugeres, y especialmente en no pocas y desgraciadas viudas, el ingenio que muestran, el arte que desplagan, las privaciones que sufren, los martirios que experimentan, cuando trata de proporcionar á sus hijos los medios de subsistencia, y darles una educacion, que algun dia pueda sacarlos [de la posicion social en donde los colocara la miseria ó la horfandad. ¡Cuánto género de resorte ponen en juego! Cuántas fuerzas encuentran en su alma para llevar á cima una obra, que arredraria á cualquier hombre en la posicion y con los recursos de una muger desvalida! Con qué resignacion sobrellevan toda clase de penalidades, todo linage de sinsabores, si piensan que cada dolor, por acerbo que sea, pueda contribuir en algo á la felicidad presente ó venidera de sus hijos!

En todas las situaciones de la vida, el amor maternal se manifiesta á la vez tierno y solícito, pero existe en mi juicio una, en la cual coloca este sentimiento á la mujer en una region tan alta que pueda decirse, sin pecar de exagerado, que es en este caso un destello de la divinidad. Así se muestra la madre que vé en gran peligro la vida de un hijo, ó la que está junto al lecho moribundo de aquel á quien adora. El dolor que entonces traspasa su corazón es un vivo reflejo del que sintió María cuando vió á Jesus en la cruz.

Con relacion á los sentimientos, en raros casos llega el hombre á la altura de la mujer; mas si sobre todo se trata del cariño que uno y otro profesan á sus hijos, puede entonces sin temor alguno asegurarse que el de aquella es superior al del primero. ¿Y cómo no habia de suceder así, cuando en el hombre

ejerce sus derechos el imperio de la naturaleza con mucha menos fuerza que en la muger. ¿Quién no habrá observado á dos esposos cuando alguno de sus hijos se halla acometido de una grave enfermedad? Sucede lo que con razon dice un célebre autor y es: que la muger tan débil por su organizacion, muestra mas fortaleza y tiene mas resistencia que el hombre mas robusto y vigoroso. Fatigase este y aun desfallece al poco tiempo, si ha robado al cuerpo el descanso á que estaba acostumbrado: mientras que pasa aquella dias y noches consecutivos casi sin alimento y en vigilia, únicamente ocupada en dar la salud á su hija á costa de la suya. ¿Pero dónde encuen- tra tantas fuerzas, dónde halla tanto vigor para lograr ese dominio sobre su misma naturaleza? Esas fuerzas y ese vigor solo puede encontrarlos en su acendrado y maternal cariño.

Curiosos é innumerables ejemplos pudiera traer á cuento en apoyo de mi opinion, tomados bien de la historia, bien de mil y mil familias; pero no es mi intento erizar con citas este artículo, y me limitaré á referir una escena grande y horrible que tuvo lugar en las cárceles de Nantes en la época calamitosa del terror.

Un jóven llamado Durevant, descendiente de una familia distinguida de Nantes, habia tenido la desgracia de haber pertenecido al partido de la Gironda, lo cual bastó para que el Comité de salud pública decretara su prision y la encerrara en un calabozo húmedo y estrecho. El desventurado girondino estaba incomunicado hasta con la luz del dia. La madre del jóven habia suplicado una y mil veces á los inflexibles jueces le concedieran el permiso de ir á cuidar y consolar á su moribundo hijo; pero sus súplicas y sus ruegos, sus amenazas y sollozos no pudieron ablandar los empedernidos corazones de aquellos hombres inhumanos. Con el alma traspasada y llena de angustias, aquella amorosa y desventurada madre no se abate ni anonada, antes bien en su mismo dolor encuentra fuerzas para llevar á cabo su noble proyecto de penetrar á toda costa en el calabozo de su hijo: trata de ganar al carcelero, pero sus ofertas son rechazadas, quizá mas por el miedo, que por la probidad. Toca toda clase de resortes: pone en tormento su ingenio á fin de

lograr su objeto; mas convencida por último de la imposibilidad de abrazar á su hijo, se resuelve á apelar á un medio de que ella se avergüenza y horroriza. Con la penetracion propia de la muger, habia notado que la miraba el carcelero con algun interés. Vuélvese á dirigir á él y le suplica de nuevo lo que tantas veces le habia pedido con las lágrimas en los ojos; pero ahora lo hace desplegando todos los encantos de sus gracias, y procurando ejercer todo el poder de su belleza. Seducido por tanto atractivo el corazon del carcelero, atrévese este á hacerle una proposicion, que el pudor y la virtud rechazan al principio: trabase una terrible lucha entre el cariño materno y su honor, que nunca habia sufrido la menor mancilla; dura por mucho tiempo el combate entre ambos sentimientos. Vacila entre su deshonra y la pérdida de su hijo: pero triunfa al cabo el mas fuerte sentimiento. Entra turbada y llena de agitacion en el lugar donde ansiaba penetrar: se avergüenza presentarse delante de su hijo, por cuya salvacion habia sacrificado su honor; pero al verlo tendido sobre una tarima sin poder apenas articular una palabra, recobra sus fuerzas que por un momento le habian abandonado: coge en sus brazos á su hijo que casi era un cadáver: lo abriga con el calor de su cuerpo; lo estrecha contra su corazon; lo inunda en lágrimas, y permanece así tres dias consecutivos sin tomar otro alimento que un pedazo de pan negro, y sin poder cerrar sus llorosos ojos un solo instante. En esta actitud la encontraron los sicarios del tribunal sanguinario, cuando entraron en el calabozo para sacar al infeliz Durevant y conducirlo á la guillotina. Al ver á aquellos hombres cuya presencia anunciaba la muerte, la desventurada madre lanza un grito de desesperacion; quiere arrojarle sobre los asesinos de su hijo, pero cae sin sentido para no volverse á levantar. ¡Cuán elocuente es este hecho! y cuánto mas vale que todo lo que pudiera decirse en elogio del cariño maternal. Verdad es que tambien pudieran citarse algunos ejemplos de madres desnaturalizadas; mas son por fortuna muy raros, y la sociedad mas relajada los oye siempre con horror é indignacion. Esas madres, á quienes una educacion depravada ha sofocado los sentimientos mas puros y naturales, solo mere-

cen el nombre de mónstruos, que se hacen dignos de la pública execración.

J. R.

UN POETA ROGADOR!

En nuestro muy apreciable colega *La Moda* vió la luz pública una composicion poética, precedida de estas notables palabras:

A ruegos del autor insertamos la siguiente elegia. (Léase heregia.)

Por aquí se infiere que la redaccion se negó á dar cabida en las columnas de su periódico á la poesia mencionada; pero que fueron tantos y tales los ruegos del autor que no hubo para ellos resistencia. En fin ¿qué se ha de hacer con un *vate* que pide la insercion de sus versos, diciendo:

A vuestros piés hace alarde
don Rodrigo de Vibar?

Levantarlo del suelo y decirle: *como se pide*. Hacer lo contrario, seria no tener corazon ni piedad de las desdichas ajenas.

La composicion á que nos referimos, lleva por cabeza estas palabras:

A una amiga, con motivo de la muerte de su tia.

Como por la pluma se saca el ave, por este epigrafe podrán hacerse cargo nuestros amables lectores y lectoras, pues con todos hablamos, de lo mucho bueno que habrá encerrado en esta, por tantas causas, lamentable elegia. Sirvan de muestra los versos que siguen:

¡Cuántas veces, hermosa, fuí testigo
de tu virtud, sufriendo la amargura;

Esto honra á la señorita á quien se dirigen los versos. Mucho nos alegramos de que el autor experimentase su virtud.

Y alguna vez ¿te acuerdas?

¡Ay sí! pues no se ha de acordar? las mujeres

nunca echan al olvido esas cosas, decimos nosotros.

Como amigo,
te supe acompañar en tu tristura.

El autor acompañó en sus tristezas á la referida señorita, como amigo, y nada mas que como amigo. Bueno es saberlo.

¡Te amé! pero antes ¡ay! con fé sincera
hice contigo un pacto indisoluble;

Vamos á ver cual fué, aunque no sea mas que por pura curiosidad.

Seré tu amigo fiel hasta que muera,
y tú sabes muy bien no fui voluble.

¿En qué quedamos? Usted le hizo el juramento de ser siempre su amigo, y luego nos sale diciendo que la ama. Pero al fin usted le recuerda á ella que sabe muy bien que nunca ha sido voluble, con que así, váyase lo uno por lo otro.

Lloremos juntos, sí, yo tambien lloro: (1)
tambien yo, cara hermana, la queria.

Este hombre es mahometano: cuantas vé, tantas quiere.

Era de la virtud rico tesoro
y á su vez me apreció tu amada tia.

Mucho nos alegramos de que lo apreciase á usted la difunta: era muy buena señora.—Acaba la elegia en estos términos:

En tanto, dulce amiga, si la suerte
á tí y á mí lograra separarnos,
en la tierra será, mas por la muerte
en el cielo vendrémos á juntarnos.

Mucha seguridad tiene el autor en tomar el camino del cielo, cuando muera.

Por lo demás, la composicion poética está dirigida á una amiga con motivo de la muerte de su tia; por donde se vé que este poeta ha declarado su amor á una señorita con motivo de la muerte de su parienta. El motivo á lo menos no puede ser mas laudable.

Por nuestra parte, mucho deseamos aun-

(1) *Yo lloro: tú lloras: aquel llora: nosotros lloramos: vosotros llorais: aquellos lloran.*

que algunos piensen que tenemos empedernidos los corazones, que á esa señorita se le mueran las, para dar á este vato ocasion y motivo de componer elegias que sirvan de solaz y divertimento al público y á *La Tertulia*. Por eso decimos con aquella copla—

Ser quisiera en estos dias,
por dar logro á mis deseos,
padre de los Macabeos,
solo por ser Mata-tius.

Máquina para tejer cordon ó trencilla.

Con el mayor gusto he examinado hace algunos dias una máquina construida por el laborioso artesano don Antonio Cuevas, y destinada á tejer cordones ó trencillas del grueso que se quiera, y con toda igualdad y perfeccion.

Colocadas las madejas de hilo, algodón ó seda en sus respectivas devanaderas, dando un hombre vueltas á un manubrio, devana seis de aquellas, tuerce veinte y cinco hilos, los pone en sus correspondientes carretes, colócalos en sus bolillos, teje el corlon y seguidamente los recoge en otros carretes preparados al efecto.

El mecanismo de tejer no es del todo nuevo; verdad es que en esta parte no se atribuye la invencion el modesto y entendido señor Cuevas. La combinacion ingeniosa de los diversos movimientos, producidos por un artificioso engranage, era ya algo antigua, y así es que se halla en casi todas las obras de mecánica industrial la descripcion de estas máquinas con mas ó menos modificaciones. Sin embargo, la ejecutada por el señor Cuevas lleva algunas mejoras, que aunque no de gran consideracion, siempre dignas de estima. Entre ellas la de establecer una especie de canaleja con la que vá tocando la devanadera para mantener la hilaza constantemente húmeda, lo cual es muy conveniente por el torcido de los hilos.

La verdadera invencion del señor Cuevas consiste en unir nueve máquinas pequeñas de tejer en una sola, á cuyo sistema general le da impulso un muchacho por medio de un cigüe-

ñal que recibe la accion de este motor. Si el efecto útil de estas nuevas máquinas ligadas, fuese el mismo que el producido por ellas, separadas enteramente y sometidas á la accion de nueve personas distintas, era un adelanto inmenso, y un ahorro considerable en el motor, y por lo tanto en el jornal de los operarios. Pero es el caso, que en mi concepto, si bien podrá un hombre poner en movimiento el mecanismo del señor Cuevas, lo cual todavía no está acreditado por la experiencia, el aumento de los rozamientos y resistencias pasivas de las nuevas máquinas, habia forzosamente de ser mucho mas considerable que los de una sola, y de aquí la necesaria disminucion de la velocidad del sistema. Falta ahora saber si esta disminucion es tal, que compense el aumento de resistencias vencidas, en cuyo caso no se ha hecho adelanto alguno; pues que si un hombre teja las varas de cordon que antes exigian nueve, tambien invertirian nueve veces mas tiempo y el resultado ó efecto útil era enteramente idéntico. Sin embargo puede acontecer que no haya una exacta compensacion, porque los rozamientos no hayan aumentado con las nueve máquinas en la misma proporcion, y me inclino á creerlo así. En tal caso habria una ventaja en el efecto útil, es decir, que con menor motor se habia labrado mas cordon en el mismo tiempo. Mas para poder asegurarlo, y decir si es ó no una verdadera mejora, se hace indispensable obrar con prudencia, no hacerse ilusiones, y partir en los calculos de los datos que suministre la experiencia. Así me tomo la libertad de suplicar al señor Cuevas haga el ensayo, y compare el resultado obtenido en igual tiempo en los dos casos diferentes. Esto en mi concepto es el medio mas eficaz para convencerse á sí propio, y convencer á los demas de las ventajas que ofrece su mecanismo.

De todos modos, digno se hace del mayor elogio un artesano que sin grandes recursos y con toscas herramientas, ha confeccionado una máquina delicada y de gran trabajo, sin que se encuentren defectos de construccion ni en el conjunto, ni en sus muchos organos. Le doy mi mas sincero parabien, y deseo encuentre la proteccion y el amparo á que lo han hecho acreedor su inteligencia y laboriosidad.

J. R.

POESÍAS.

Hemos arrancado á la escesiva modestia de un apreciableísimo é ilustrado amigo nuestro, sujeto ventajosamente conocido por sus producciones literarias, los bellísimos juguetes poéticos, que á continuación insertamos.

El beso y el suspiro.

Un beso á un suspiro obliga
ir al tribunal de Amor,
cansado de que le siga
como esclavo á su señor.

«Este suspiro enojoso,
(dicele el beso á Cupido)
cuando me escucha amoroso,
me persigue dolorido.

Y les mengua que en el querer
imprima yo con ardor,
la esperanza del placer
con el rastro del dolor.»

—«Suspiro, ya tu defensa
(dice Amor) escucho atento.
Para vengar esta ofensa,
señor, no me falta aliento.

Sabe ¡oh Dios! que el corazón
tiene un lugar escondido,
donde la tierna pasión
régio trono me ha erigido.

Mi ministro es la tristeza
y otras veces la alegría,
que aunque te cause extrañeza
guardan mútua simpatía.

Así en mi dominio es ley
que los bienes y los males,
me acaten como á su rey
que impera á todos iguales.»

—Tus razones son de peso
(al suspiro dice el juez)
y su fallo contra el beso
mi justicia dá esta vez.

Por tanto el acusador
solo en el fuego que inspiro
reinará, y en el dolor
y en el placer el suspiro.

J. M. DE T.

LOS BESOS.

Diz que beso regalado
es la suave impresion,
que trasmite al corazón
lábio azaz de enamorado.
Mas distingo el beso dado
del mútuo y del recibido:
dado es amor atrevido;
recibido es un amor
que lucha con el pudor;
mútuo es amor encendido.

J. M. DE T.

AL MAR.

ODA.

¡Y qué! ¿no enfrenarás, ponto soberbio,
el furor de tus ondas atronadas?
¿No bastan á postrar tu poderio
los siglos que pasaron?
Ellos con diestra mano derribaron
la palma que creciera
de Libia en las arenas dilatadas:
ellos secaron la abundosa fuente
que con aroma ardiente
las dulcísimas flores perfumaban.
El castellano brio,
sediento de memoria,

voló por medio de tu campo frío
al clima portentoso de occidente.
Cortés allí, Pizarro esclarecido,
Sandoval, Alvarado,
y otros mil, cuyo esfuerzo generoso
al indio conturbára belicoso,
ceñidos en laurel la altiva frente,
dieron á la naci6n de las naciones
poderosas y bárbaras regiones.
En las inmensas playas
ciudades mil cayeron,
y sus cenizas viles
en tus hinchadas olas se perdieron.
Tú horror inspiras cuando el sol deslucen
nublados tenebrosos y rugientes,
va el Aquilon sonando
tu ronco rebramar multiplicando.
Mas al llegar el plazo en que el Eterno
su mano estiende sobre el ancho mundo,
tiemblen los polos, y en pedazos caigan,
y en humo se disipen,
mirarás tu grandeza destruida,
cual hoja de la yerba desprendida
por impulso violento
del fragoroso viento.
Las naves mas escelsas y robustas,
que fatigaban con ardiente brio
tus aguas espumosas,
te dirán orgullosas:
«¿Qué fué de tu grandeza y poderio?
nuestras veloces quillas
entre negros escollos quebrantaste,
y á la sedienta arena
sus trozos infelices arrojaste.
¿Qué consiguieron, dínos, tus furores?
ya la terrible suerte
con brazo audaz en la implacable muerte
ha igualado á ofendidos y ofensores.»
Tú callarás entonces; que rodando,
de las naves envuelto en los despojos,
caerás en el profundo!
Ni aun tendrás de tu furia no domada,
recuerdos tristes en la triste nada.

A. DE C.

Diciembre de 1842.

Miscelánea.

Sabemos que el distinguido poeta don

Antonio García Gutierrez, está escribiendo una obra en verso, titulada *Los Cantos del Viagero*. Tiempo era ya que se dejasen oír nuevamente en España los dulces sonos de la lira del autor del *Trovador*.

—Dentro de poco deberá representarse en el teatro de San Fernando de Sevilla, un drama en tres actos y en verso, obra del aplaudido poeta don José Sanz Perez, titulada: *Ilusiones Perdidas*. Deseamos que el señor Sanz Perez, tan ventajosamente conocido por sus comedias andaluzas, obtenga en este drama, escrito en un género nuevo por él, el buen éxito que ha conseguido en sus otros trabajos literarios.

—Don Adolfo de Castro, está terminando una obra, titulada: *Historia de los Protestantes españoles en tiempos de Carlos Quinto y Felipe Segundo*. Lo raro del asunto y los copiosos materiales que el señor Castro tiene aglomerados para su trabajo, harán sin duda interesante su obra.

—Segun nos han asegurado, el eminente autor de *Los Amantes de Teruel*, doña Mencía, y *La Jura en Santa Gadea*, don Juan Eugenio Hartzenbusch, debe llegar á Cádiz en el próximo mes de Febrero.

—El día 30 del presente mes deberá tener lugar en el Alcázar de Sevilla, un baile dado por SS. AA. RR. Para el próximo número ofrecemos á nuestras amables lectoras una minuciosa descripción de lo mas notable de esta brillante fiesta.

—El distinguido crítico y poeta don Manuel Cañete, dentro de poco publicará en Madrid una obra con este título: *Historia del gobierno español en el año de 1848*. Si esta obra está escrita con la imparcialidad que se debe esperar de trabajos de esta especie, sin duda llamará mucho la atención en España. Así á lo menos nos dan derecho á creerlo los demás escritos que hemos visto de este autor.

—Se están pintando por el apreciable artista don Diego María del Valle, tres decoraciones que han de servir para la representación del *Macbeth*, de Verdi.

—Sabemos que este carnaval se presenta muy animado para los aficionados á bailes de máscaras. Cuatro parece que se han de dar en el teatro Principal, para los cuales ha de estar elegantemente adornado el salon, de un modo nuevo en Cádiz. El primer baile dicen que tendrá efecto el juéves llamado de com-
padres.

Triunfo inaudito de un novel poeta dra- mático.

El viénes 26 se representó en el teatro del Balón un drama en tres actos y en verso al parecer, intitulado: *Don Guillermo Behnberg ó el flicida*: su autor don Ramon Lopez Rosano, vate indigena. Su argumento, si lo hay, se reduce á un homicidio primero, luego á dos hermanos que se aman, sin saber que tenían tal parentesco, á un padre que ama á una hija suya del mismo modo, á un viejo que mata á su manceba, y al mismo padre que envía igualmente al otro barrio á su hijo.

Esto en cuanto al argumento, que en cuanto á la versificación hay primores que envidiarían Lope de Vega y Calderon. Sirva de muestra en primer lugar, la siguiente redondilla que dice la dama:

Mirad por mí, padre mio,
aliviadme de esta carga,
que mas se estienda y se alarga
por la crueldad de un impio.

La carga de la dama, pues se alargaba y se estendia, era sin duda de goma elástica... Qué sublime pensamiento!

Teobaldo encuentra en su casa escondido y embozado á Arnaldo, y le dice:

Será solo ilusion? Oh! qué fantasma
de mi casa á lo interno os ha traído?
—Dígame cómo aquí se ha introducido,
que yo vos lo demando; pues me pasma
veros tan *sin sazon* en mi aposento.

Por este *sin sazon* se infiere que Teobaldo era fruta y estaba todavía verde.

Arnaldo. No me conoces?
Teobaldo.

No.

Pues es extraño, porque Arnaldo tenia cu-
bierto el rostro con la capa.

Arn.

Pues soy fidalgo,
de nosotros los dos el que mas valgo.

Teo. Os oigo con bastante descontento.

Y nosotros decimos, cosa rara: á lo me-
nos Teobaldo es el primer hombre que oye
con bastante descontento los insultos. Con-
tinúa.

Y os ordeno por fin que vos deis prisa
á quitaros del rostro aquesa capa,
descubriendo la faz que tanto tapa;
y si no obedecéis, presto os avisa
mis manos, arrancando con mi puño
esa cara y la tela que la oculta.

Advierta el lector que Teobaldo iba á ar-
rancar con el puño, y no el de la camisa, la ca-
ra á su enemigo. Este hombre vencía en fuer-
zas á Hércules y á Sanson.

Ar. Pero si un miedo grave atemoriza
su pecho varonil con mi presencia,
y por tal me decís con insolencia
que el semblante á mostraros me dé prisa,
cese de vuestro seno el sobresalto,
que no era mas que un hombre el encubierto

Sí, porque pudieran ser dos, tres ó cua-
tro; y por eso nunca está de mas advertirlo.
Arnaldo mata á Teobaldo de un pistoletazo. Al
escucharlo sale la dama y dice:

¿Qué fué aqueste ruido?

Y su amante le responde—

Inés del alma,
nada.

Ya lo creo: no era nada; acababa de ma-
tar á su hermano.

Un marqués entra por primera vez de vi-
sita en casa de don Guillermo, y un escudero
dice:

¿Qué serio tiene el semblante!

Sin duda en Alemania usaban los marque-
ses reir á toda hora del dia, cuando tanto se
extraña en el drama que éste tuviese serio el
semblante.

Al fin del drama mata don Guillermo á su
hijo, y pasa entre los dos este magnífico diá-
logo:

(Arnaldo moribundo.)

Mas ¿qué es esto? ¿dónde estoy?
¿Cómo vine á esta mansion?

Guill. No receles, corazon,
no temas.... tu padre soy.

Quería que no le tuviese miedo, y lo acababa de herir de muerte.

Arn. Ay! veo hendirse las puertas
de ese celeste elemento,
y veo... en el firmamento
abrirse las tumbas yertas.

Estrellas hay en el firmamento, que no tumbas. Pero el hombre estaba muriéndose, y sin duda no sabía ya donde tenía sus narices.

Guill. No me des ese dolor,
vive en la tierra conmigo.

Y como el muchacho ya estaba espirando, responde lo que era natural—

No puedo!

Y cae muerto. El padre entonces esclama:

O yerto cadáver frio!
mirame á tus piés postrado
perdon pidiendo, hijo mio,
porque un padre tan impio
no puede ser perdonado.

Observen ustedes que pide perdon el caballero Guillermo solamente por la sencillísima razon de que no puede ser perdonado.

Durante la representacion, el público con risas y aplausos manifestó el contento con que escuchaba el drama.

Concluido éste, fué llamado el autor á la escena: el cual se presentó acompañado, no de los actores, sino de dos de sus amigos. Caso extraño en el teatro. El público pidió otra vez su presentacion, y lo consiguió igualmente en la misma forma. Entonces uno se subió en su luneta, y dirigió este discurso al autor.

«Usted habrá notado que hay un poco de guasa en el modo de aplaudirlo; pero somos sus amigos y puede pasar por eso, sin que esta broma perjudique en nada á su reputacion literaria. El drama es bueno, aunque tiene algunos defectillos. Usted debia haberlo guardado para mejor ocasion, porque los cómicos lo han hecho muy mal.»

Calló el orador y el telon vino á tierra. Volvimos á casa y escribimos estas líneas como fieles coronistas. Por lo que se vé, este es

un drama de aquellos que producen tarde los siglos y de que tiene raros ejemplos la historia literaria.

TEATRO PRINCIPAL.

Ninguna novedad ha ofrecido este teatro en la pasada semana. Volvióse á cantar el domingo la lindísima partitura *Maria de Padilla*, y si cabe, con mejor éxito aun que en las anteriores veces. En nuestro número último nos ocupamos de los cantantes como tales, justo es digamos alguna cosa de los actores. El señor Berger, que en esta ópera está en primer término, comprendió perfectamente el papel de Padilla, ejecutólo con toda propiedad sin dejar nada que desear, admirando sobre todo en el tercer acto, en el que aparece en situacion difícil de comprender, y mas todavía de ejecutar. Aquella demencia que le acomete, los encontrados afectos que le agitan, la alegría y el temor que se apodera de su ánimo, dan lugar á transiciones de gran estudio así en el canto como en la ejecucion, y por cierto muy espinosas, porque en estos casos hay gran peligro de caer en lo ridículo. Supo evitarlo, pues no exageró su papel, y no contribuyeron poco á ello sus nobles y distinguidos modales. A la señora Brambila poco hay que pedir como actriz: su manera de presentarse en la escena, sus modales finos y delicados, su gesticulacion nada exagerada y su buena inteligencia son causas de que no se encuentren nunca defectos en la representacion de su papel. Bien se conoce que ha estado al lado de buenos modelos, y que ha sabido de ellos aprovecharse; así aun cuando su voz no sea de muy grande estension, cualquier lunar de la cantante lo hace olvidar la actriz.

En cuanto al señor Patriosi es preciso conocer que como actor está muy lejos de la perfeccion. Hizo cruelmente el papel de don Pedro el Cruel. No obstante, su dulce y sonora voz hace á veces olvidar sus defectos como actor. Procure corregirse en esta parte, y habrá ganado mucho para el teatro.

IMPRESION DE D. FRANCISCO PANTOJA, calle de la Aduana, número 20.